



*Virgen de la cueva*, Leonora Carrington.  
Fotografía: Miguel Ángel Flores Vilchis

# Leonora Carrington: armada para un largo viaje

Lesley Labastida

*Desde pequeña y esto creo que le ocurre a muchísimas más personas de las que se cree, tuve muchas experiencias extrañas con todo tipo de fantasmas, visiones y otras cosas generalmente condenadas por la ortodoxia cristiana. Estoy armada de locura para un largo viaje.*

LEONORA CARRINGTON

PARA LEONORA CARRINGTON, EL CANAL CREATIVO fue el subconsciente humano, y el surrealismo, el medio catalizador para entrar en ese subconsciente y la autoproyección del mismo, un camino imaginario para acceder a la libertad con un equilibrio emocional. Dentro de su fantasía lírica descubrió distintas composiciones mágicas y sofisticadas que caracterizaron su trabajo. Inmersa, anímicamente, en una dualidad con cruces mitológicos, alquimia, hermetismo y escepticismo hacia las verdades absolutas de un mundo que intentó controlar los tiempos y actuaciones en su vida, buscó definir momentos liberados de toda influencia externa, y hallar, en los aspectos más profundos del ser humano, un escape de la reclusión de su propia compañía.

Desde pequeña, dentro de la mansión neogótica de oscuros pasillos, en la intimidad de su cuarto de juegos, y con atardeceres invernales llenos de fantasmas cautivadores y a su vez atemorizantes,

pasaba el tiempo tejiendo la trama que resguardaría la imaginación de su universo. La niñez de Leonora transcurrió motivada por terroríficas narraciones de cuentos y leyendas de tradición celta, que relataba Mary Cavanaugh (su institutriz), aunada a otras voces de los relatos irlandeses que contaba su madre Mairi Moorhead Carrington: la de Jonathan Swift, viajero irlandés por los parajes de ensueño. El último viaje de Lemuel Gulliver, aquel en el que llega al “país de los Houyhnhms” —equinos que se distinguen por su inteligencia y nobleza— es evocado años después en diversos relatos de Carrington. La superioridad de los caballos sobre los humanos —creencia compartida por Swift y Leonora— dio lugar a anécdotas como las que se refieren en *La dama oval*, *The House of fear* o que se ilustran en los cuadros *The Inn of the Down Horse* y *Sueños del bosque*. La voz “sin sentido” de Lewis Carroll tuvo también resonancias en la obra de Carrington.

El oído infantil de Leonora se fue moldeando y se hizo sensible a la fantasía del ojo, el cual recibió estímulos que lo formaron para la percepción de lo maravilloso. A principios del siglo xx surgieron ilustradores de la órbita del *art nouveau* cuya obra se extendió a la elaboración de láminas para libros de cuentos, a los cuales ella tuvo acceso.

Equinos inteligentes, aves, gnomos, hadas y reyes ancestrales pululaban en su alter ego, sonidos sin sentido resonaban en su mente extraordinaria; transformó a los animales en seres humanos, pero perfeccionados. Su espíritu infantil quedó impregnado de imágenes sobrepuestas de bestias, momias y figuras monstruosas que descubrió en su primera visita al zoológico y al British Museum. También quedaron grabadas en su memoria las imágenes de los dioses que albergaban las salas de Egipto y Mesopotamia. Toros alados y mujeres con cabeza de gato, híbridos y deidades ancestrales fueron el resultado de la mezcla entre fantasía y realidad, creando una fauna extravagante, con cierto erotismo velado. Tomó al caballo blanco para representarse a sí misma pues lo consideraba símbolo de libertad. Estampaba en sus cuadros la rebeldía intrínseca con porte masculino, retador con una figura poco femenina.

Una inquietud de tipo social surgida en el seno de la logia surrealista la llevó hacia una tendencia exótica que condujo su interés por la cultura de la América autóctona. En sus años de formación al lado de Max Ernst asume una personalidad análoga a la del chamán y adecua sus propios intereses (ocultismo, mitología, etc.). Si él integraba un alter ego volátil, el del pájaro “Loplop”, ella se fusionaba totémicamente con el caballo. Este, que constituye la montura del mago y un animal de sacrificio por excelencia, pasaba a ser parte de ella misma tal como se ve en el cuadro *Chiqui, ton pays* (donde se autorretrata con pezuñas en lugar de pies). Al paso del tiempo, Leonora adquiere distintas personalidades para proyectarse. En cuanto a la experiencia extática vivida por Max Ernst durante los años de guerra, ella contrapone su horrible pasaje por la locura, asumido como una “iniciación” en su texto *Memorias de abajo*. Leonora se identifica con la hechicera seductora, víctima de una sociedad embrutecida por la religión, se asocia también a aspectos más oscuros del delirio amoroso, uno de los temas centrales del surrealismo.

En su obra plástica y literaria, el juego y el ritual se transforman, la imagen de mujer-niña se perfila en diversos relatos; se mezclan rasgos puramente infantiles con las expresiones más desconcertantes de una femineidad plena, lo cual no le impide alcanzar una madurez rebozante como artista. Su literatura nos parece un enigma porque es cabalmente inexplicable, la única posibilidad de lectura es mediante el tenue hilo mental sin garantía contra fracturas en las que despliega un laberinto de entradas a un abismo de mitos y sueños con una sola salida por el misterio de que lo desmesurado también es disfrutable, pues equivale al goce estético.

La impronta de su psique da a su obra una energía peculiar, en donde asocia texturas, formas, colores y motivos, logra una sincronía que conforma la diversidad de atavismos culturales, creando una atmósfera cercada por el uróboros. En una constante búsqueda y un esfuerzo inútil por entender el tiempo y el espacio en un mundo desequilibrado, Leonora proyectó desde la lobreguez de su interior la alegoría del ciclo eterno fantasmagórico. ■■■